

lla mañana. No hablaba con la sublime unción de otras veces. Su pesimismo piadoso le salía á duras penas de los labios. Notó la buena señora que su director espiritual hablaba como quien piensa en otra cosa.

Salió el Magistral.

Cuando se vió solo en el portal, sin poder contenerse, descargó un puñetazo sobre el pasamano de mármol del último tramo de la suntuosa escalera.

«—No hay remedio, no hay remedio!—dijo entre dientes—no he de empezar ahora á vivir de nuevo. Hay que seguir siendo el mismo.»

Otros días, al salir de aquella casa había gozado el placer fuerte, picante, del orgullo satisfecho; el dominio de las almas, que allí ejercía en absoluto, le daba al amor propio una dulce complacencia... Pero ahora nada de eso. No salía contento. Había procurado abreviar la visita suprimiendo palabras en sus piadosas arengas.

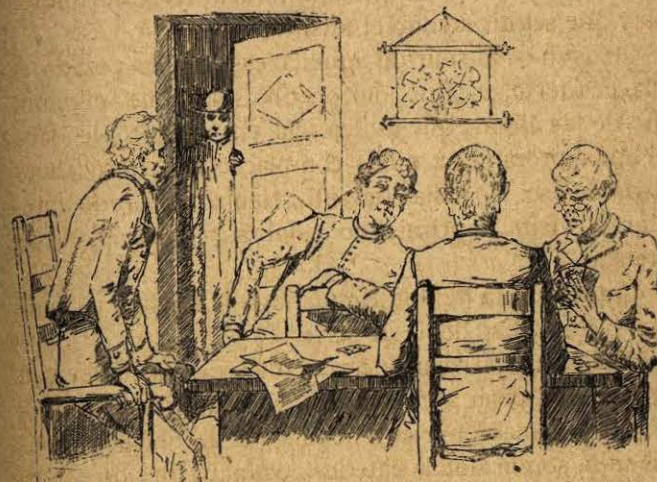
«Aquel idiota de don Robustiano le había puesto de mal humor. Eso debía de ser.»

«Necesitaba arrojar la careta, dar rienda suelta á su mal ánimo, pisar algo con ira...» Se dirigió á Palacio.

Así se llamaba por antonomasia el del obispo. Sumido en la sombra de la catedral, ocupaba un lado entero de la plazuela húmeda y estrecha que llamaban «La Corralada.» Era el palacio un apéndice de la Basilica, coetáneo de la torre, pero de peor gusto, remendado muchas veces en el siglo pasado y el presente. Con emplastos de cal y sinapismos de barro parecía un inválido de la arquitectura, y la fachada principal, renovada, recargada de adornos churriguerescos, sobre todo en la puerta y el balcón de encima, le daba un aspecto grotesco de viejo verde.

El Magistral dejó atrás el zaguán, grande, frío y desnudo, no muy limpio; cruzó un patio cuadrado, con algunas acacias raquíticas y parterres de flores mus-

tiás; subió una escalera cuyo primer tramo era de piedra y los demás de castaño casi podrido; y después de un corredor cerrado con mampostería y ventanas estrechas, encontró una antesala donde los familiares jugaban al tute. La presencia del Provisor interrumpió el juego. Los familiares se pusieron de pié y uno de ellos hermoso, rubio, de movimientos suaves y ondulantes, de pulquérrimo traje talar, per-



fumado, abrió una mampara forrada de damasco color cereza. De lo mismo estaba tapizada toda la estancia que se vió entonces y que atravesó De Pas sin detenerse.

—¿Dónde estará, don Anacleto?

—Creo que tiene visitas—respondió el paje.—Unas señoras...

—¿Qué señoras?

Don Anacleto encogió los hombros con mucha gracia y sonrió.

Don Fermin vaciló un momento, dió un paso atrás;



pero en seguida volvió á adelantarle y abrió una puerta de escape por donde desapareció.

Después de cruzar salas y pasadizos llegó al *salón claro*, como se llamaba en Palacio el que destinaba el obispo á sus visitas particulares. Era un rectángulo de treinta piés de largo por veinte de ancho, de techo muy alto cargado de artesones platerescos de nogal oscuro. Las paredes pintadas de blanco brillante, con medias cañas á cuadros doradas y estrechas, reflejaban los torrentes de luz que entraban por los balcones abiertos de par en par á toda aquella alegría. Los muebles forrados de damasco amarillo, barnizados de blanco también, de un lujo anticuado, bonachón y simpático, reían á carcajadas, con sus contorsiones de madera retorcida, ora en curvas panzudas, ora en columnas salomónicas. Los brazos de las butacas parecían puestos en jarras, los piés de las consolas hacían piruetas. No había estera ni alfombra, á no contar la que rendía homenaje al sofá; era de moqueta y representaba un canastillo de rosas encarnadas, verdes y azules. Era el gusto de S. I. De las paredes de Norte y Sur pendían sendos cuadros de Cenceño, pero retocados con colores chillones que daban gloria; los otros muros los adornaban grandes grabados ingleses con marco de ébano. Allí estaban Judit, Ester, Dalila y Rebeca en los momentos críticos de su respectiva historia. Un Cristo crucificado de marfil, sobre una consola, delante de un espejo, que lo retrataba por la espalda, miraba sin quitarle ojo á su Santa Madre de mármol, de doble tamaño que él, colocada sobre la consola de enfrente. No había más santos en el salón ni otra cosa que revelase la morada de un mitrado.

El Ilustrísimo Señor don Fortunato Camoirán, obispo de Vetusta, dejaba al Provisor gobernar la diócesis á su antojo; pero en su salón no había de tocar. Por esto habían valido poco las amonestaciones de don

Fermin para que Fortunato se abstuviese de adornar los balcones con jaulas pobres, pero alegres, en que saltaban y alborotaban aturdiendo al mundo, jilgueros y canarios, que en honor de la verdad, parecían locos.

«—Gracias que no llevo mis pájaros á la catedral para que canten el Gloria cuando celebros de Pontifical. Cuando yo era párroco de las Veguellinas, jilgueros y alondras y hasta pardales cantaban y silbaban en el coro y era una delicia oírlos.»

Fortunato era un santo alegre que no podía ver una irreverencia donde se podía admirar y amar una obra de Dios.

Glocester, el maquiavélico Arcediano, «opinaba que el obispo—pero este era su secreto—no estaba á la altura de su cargo.»

«—No basta ser bueno—decía—para gobernar una diócesis. Ni los poetas sirven para ministros, ni los místicos para obispos.»

Esta opinión era la más corriente entre el clero del obispado. Los señores de la junta carlista creían lo mismo. ¡Jamás habían podido contar para nada con el obispo!

¿Qué resultaba de aquella excesiva piedad? Que S. I. se abandonaba en brazos del Provisor para todo lo referente al gobierno de la Diócesis. Esto, según unos, era la perdición del clero y el culto, según otros una gran fortuna; pero todos convenían en que el bueno de Camoirán no tenía voluntad.

Era cierto que había aceptado la mitra á condición de escoger, sin que valieran recomendaciones, una persona de su confianza en quien depositar los cuidados del gobierno eclesiástico. El Magistral era sin duda el hombre de más talento que él había conocido. Además, doña Paula, cuando su hijo era un humilde seminarista, había servido en calidad de ama de llaves á Camoirán, á la sazón canónigo de Astorga. Desde en-



tonces aquella mujer de hierro había dominado al pobre santo de cera. El hijo, ayudado por la madre, continuó la tiranía, y, como decían ellos, «de tenían en un puño.» Y él estaba así muy contento.

¿Cómo había llegado á obispo? En una época de nombramientos de intriga, de complacencias palaciegas, para aplacar las quejas de la opinión se buscó un santo á quien dar una mitra y se encontró al canónigo Camoirán.

Llegó á Vetusta echando bendiciones y recibíendolas del pueblo. Con gran escándalo de su corazón sencillo y humilde se contaban maravillas de su virtud y casi le atribuyeron milagros. En cierta ocasión, cuando hacía su visita á las parroquias de los vericuetos, en el riñón de la montaña, jinete en un borrico, bordeando abismos, entre la nieve, se le presentó una madre desesperada con su hijo en los brazos. Una víbora había mordido al niño.

—Sálvamelo, sálvamelo!—gritaba la madre, de rodillas, cerrando el paso al borrico.

—Si yo no sé! si yo no sé!—gritaba el obispo desesperado, temiendo por la vida del angelillo.

—Sí, sí, tú que eres santo!—replicaba la madre con alaridos.

—¡El cauterio! el cauterio! pero yo no sé...

—¡Un milagro! un milagro!...—repetía la madre.

La vida de Fortunato la ocupaban cuatro grandes cuidados: el culto de la Virgen, los pobres, el púlpito y el confesonario.

Tenía cincuenta años, la cabeza llena de nieve, y su corazón todavía se abrasaba en fuego de amor á María Santísima. Desde el seminario, y ya había llovido después, su vida había sido una oda consagrada á las alabanzas de la Madre de Dios. Sabía mucha teología, pero su ciencia predilecta consistía en la doctrina de los Misterios que se refieren á la Mujer *sine labe concepta*.

De memoria hubiera podido repetir cuanto han dicho los Santos Padres y los Místicos en honor de la Virgen, y sabía alabarla en estilo oriental, con metáforas tomadas del desierto, del mar, de los valles floridos, de los montes de cedros; en estilo romántico—que irritaba al Arcipreste—y en estilo familiar con frases de cariño paternal, filial y fraternal.

Tenía escritos cinco libros que primero se vendían á peseta y después se regalaban, titulados así: *El Rosal de María* (en verso)—*Flores de María*—*La devoción de la Inmaculada*—*El Romancero de Nuestra Señora*—*La Virgen y el Dogma*.

Nunca se le había aparecido la Reina del Cielo, pero consuelos se los daba á manos llenas; y el espíritu se lo inundaba de luz y de una alegría que no podían oscurecer ni turbar todas las desdichas del mundo, al menos las que él había padecido.

En limosnas se le iba casi todo el dinero que le daba el gobierno y mucho de lo que él había heredado. ¡Pero ay del sastre si le quería engañar cobrándole caros los remiendos de sus pantalones! ¿No sabía él lo que eran remiendos? ¿No había zurcido su ropa y cosido botones S. I. muchas veces? En cuanto al zapatero, que era de los más humildes, aguzaba el ingenio para que las piezas y medias suelas que ponía á los zapatos del obispo estuvieran bien disimuladas.

—Pero, señor—gritaba el ama de llaves, doña Úrsula, heredera en el cargo de doña Paula;—si Vd. pide milagros. ¿Cómo no se han de conocer las puntadas? Compre Vd. unos zapatos nuevos, como Dios manda, y será mejor.

—¿Y quién te dice á ti, bachillera, que Dios manda comprar zapatos nuevos mientras el prójimo anda sin zapatos? Si ese remendón supiera su oficio, parecerían estos una gloria.

El obispo tenía sus motivos para exigir que los re-



miendos del calzado no se conocieran. El Provisor todos los días le pasaba revista, como á un recluta, mirándole de hito en hito cuando le creía distraído: y si notaba algún descuido de indumentaria que acusara pobreza indigna de un mitrado, le reprendía con acritud.



—Esto es absurdo—decía De Pas.—¿Quiere Vd. ser el obispo de *Los Miserables*, un obispo de libro prohibido? ¿Hace Vd. eso para darnos en cara á los demás que vamos vestidos como personas decentes y como exige el decoro de la Iglesia? ¿Cree Vd. que si todos luciéramos pantalones remendados como un afilador de navajas ó un limpia-chimeneas, llegaría la Iglesia á dominar en las regiones en que el poder habita?

—No es eso, hijo mío, no es eso—respondía el obispo sofocado, con ganas de meterse debajo de tierra.

—Si es una gloria veros vestidos de nuevo; si así debe

ser; si ya lo sé. ¿Crees tú que no gozo yo mirándoos á ti y á don Custodio y al primo del ministro, tan buenos mozos, tan relucientes, tan lechuguinos con vuestro sombrero de teja cortito, abierto, felpudo,... pues yo lo creo... si eso es una bendición de Dios; si así debe ser... ¿Pero sabes tú quién es Rosendo? Es un grandísimo pillo que me pide tres pesetas por unas medias suelas, y ni siquiera tapa un agujerito que le puede salir á la piel... Estos son nuevos, palabra de honor que son nuevos, pero se ríen; ¿qué les hemos de hacer si tienen buen humor?

Durante algunos años Fortunato había sido el predicador de moda en Vetusta. Su antecesor rara vez subía al púlpito, y el verle á él en la cátedra del Espíritu Santo casi todos los días despertó la curiosidad primero, después el interés y hasta el entusiasmo de los fieles. Su elocuencia era espontánea, ardiente; improvisaba; era un orador verdadero, valía más que en el papel, en el púlpito, en la ocasión. Hablaba de repente, llamas de amor místico subían de su corazón á su cerebro, y el púlpito se convertía en un pebetero de poesía religiosa cuyos perfumes inundaban el templo, penetraban en las almas. Sin pesar en ello, Fortunato poseía el arte supremo del escalofrío; sí, los sentía el auditorio al oír aquella palabra de unción elocuente y santa. La caridad en sus labios era la necesidad suprema, la belleza suma, el mayor placer. Cuando Fortunato bajaba de la cátedra deseando á todos la gloria por los siglos de los siglos, la unción del prelado corría por el templo como una influencia magnética; parecía que si se tocaban los cuerpos iban á saltar chispas de caridad eléctrica; el entusiasmo, la conversión, se leían en miradas y sonrisas; en aquellos momentos los vetustenses tomaban en serio lo de ser todos hermanos.

Pero esto había sido al principio. Después... el pú-



blico empezó á cansarse. Decían que el obispo *se prodigaba demasiado*. «El Magistral no se prodigaba.»

—Estudia más los sermones—decían unos.

—Es más profundo, aunque menos ardiente.

—Y más elegante en el decir.

—Y tiene mejor figura en el púlpito.

—El Magistral es un artista, el otro un apóstol.

Hacia mucho tiempo que Glocester, el Arcediano, no se explicaba por qué gustaba el obispo como predicador. «El confesaba que no entendía aquello. Era demasiado florido.» Para Glocester no pasaba de *mera retórica* aquello de abrasarse en amor del prójimo. «Le sonaba á hueco.»

«—¿ Y el dogma ? ¿ Y la controversia ? El obispo nunca hablaba mal de nadie ; para él como si no hubiera un grosero materialismo ni una hidra revolucionaria, ni un satánico *non serviam* libre-pensador.»

En concepto de Glocester, Camoirán había comenzado á desacreditarse en los *sermones de la Audiencia*. Todos los viernes de Cuaresma la Real Audiencia Territorial pagaba y oía con religiosa atención ó mística somnolencia un sermón que alguna notabilidad del púlpito vetustense predicaba en Santa María, la iglesia antiquísima.

«—Pues bien—decía Glocester—allí no se habla por hablar, ni lo primero que viene á la boca ; allí no basta abrasarse en fuego divino ; es necesario algo más, so pena de ofender la ilustración de aquellos señores. Se habla á juriconsultos, á hombres de ciencia, señor mío, y hay que tentarse la ropa antes de subir á la cátedra sagrada. El obispo había hablado á los *señores del margen*, á la Audiencia Territorial ni más ni menos que al común de los fieles.»

El actual Regente—que no era Quintanar—había dicho, en confianza, á un oidor que *el sermón no tenía miga*. El oidor había corrido la noticia y el fiscal se

atrevió á decir que el obispo no se iba al grano.

Para irse al grano Glocester. Aquel mismo año en que Fortunato lo había hecho tan mal, en concepto de los señores magistrados, se lució en su sermón de viernes el sinuoso Arcediano. Ya lo anunciaba él muchos días antes.

«—Señores, no llamarse á engaño ; á mí hay que leerme entre líneas ; yo no hablo para criadas y soldados ; hablo para un público que sepa... eso, leer entre líneas.»

La musa de Glocester era la ironía. Aquel viernes memorable, Mourelo se presentó en el púlpito sonriente, como solía (ocho días antes se había desacreditado el obispo), saludó al altar, saludó á la Audiencia y se dignó saludar al católico auditorio. Su mirada escudriñó los rincones de la iglesia para ver si, conforme le habían anunciado, algún libre-pensadorzuelo de Vetusta, de esos que estudian en Madrid y vuelven podridos, estaba oyéndole. Vió dos ó tres que él conocía, y pensó : « Me alegro ; ahora veréis lo que es bueno.»

El regente—que no era Quintanar—con el entrecejo arrugado y la toga tersa, sentado en medio de la nave en un sillón de terciopelo y oro, contemplaba al predicador, preparándose á separar el grano de la paja, dado que hubiera de todo. Otros magistrados, menos inclinados á la crítica, se disponían á dormir disimuladamente, valiéndose de recursos que les suministraba la experiencia de estrados.

Glocester se fué al grano en seguida. La antifrasis, el eufemismo, la alusión, el sarcasmo, todos los proyectiles de su retórica, que él creía solapada y hábil, los arrojó sobre el impío Arouet, como él llamaba á Voltaire siempre. Porque Mourelo andaba todavía á vueltas con el pobre Voltaire ; de los modernos impíos sabía poco ; algo de Renan y de algún apóstata español, pero nada más. Nombres propios casi ninguno : el



grosero materialismo, el asqueroso sensualismo, los cerdos de los establos de Epicuro y otras colectividades así hacían el gasto; pero nada de Strauss ni de las luchas exegéticas de Tubinga y Göttinga; amigo, esto quedaba para el Magistral, con no poca envidia de Gloucester.

Voltaire, y á veces el extraviado filósofo ginebrino, pagaban el pato. Pero no; otro caballo de batalla tenía el Arcediano: el paganismo, la antigua idolatría. Aquel día, el viernes, estuvo oportunísimo burlándose de los egipcios. Al Regente le costó trabajo contener la risa, que procuraba excitar Gloucester.

Aquellos grandísimos puercos que adoraban gatos, puerros y cebollas, le hacían mucha gracia al orador sagrado. «¡ Con qué sandunga les tomaba el pelo á los egipcios! » según expresión de Joaquinito Orgaz, religioso por buen tono y que creía sinceramente que era un disparate la idolatría.

«—Sí, Señor Excelentísimo, sí, católico auditorio, aquellos habitantes de las orillas del Nilo, aquellos ciegos cuya sabiduría nos mandan admirar los autores impíos, adoraban el puerro, el ajo, la cebolla.» *¡Risum teneatis!* «*¡Risum teneatis!*» repetía encarándose con el perro de san Roque, que estaba con la boca abierta en el altar de enfrente. El perro no se reía.

Cerca de media hora estuvo abrumando á los Faraones y sus súbditos con tales cuchufletas. «¡Dónde tenían la cabeza aquellos hombres que adoraban tales inmundicias!»

Ronzal, Trabuco, que admiró aquel sermón, dos meses después sacaba partido de las citas de Gloucester en las discusiones del Casino, y decía:

«—Señores, lo que sostengo aquí y en todos los terrenos, es que si proclamamos la libertad de cultos y el matrimonio civil, pronto volveremos á la idolatría, y seremos como los antiguos egipcios, adoradores

de Isis y *Busilis*; una gata y un perro según creo.»

El regente opinó, y con él toda la Territorial, que el señor Mourelo, arcediano, había estado á mayor altura que el señor Obispo. Esto cundió por las tertulias, corrillos y paseos, y cuantos pretendían pasar plaza de personas instruidas lamentaron que no hubiera más fondo en los sermones del prelado, que no se preparase y que *se prodigara tanto*.

Al cabo, la opinión llegó á decir esto, aunque ya sin el visto bueno de Gloucester:

«—Que había que desengañarse; el verdadero predicador de Vetusta era el Magistral.»

Pronto fué tal opinión un lugar común, una frase hecha, y desde entonces la fama del Obispo como orador se perdió irremisiblemente. Cuando en Vetusta se decía algo por rutina, era imposible que idea contraria prevaleciese.

Y así, fué en vano que en cierto sermón de Semana Santa Fortunato estuviera sublime al describir la crucifixión de Cristo.

Era en la parroquia de San Isidro, un templo severo, grande; el recinto estaba casi en tinieblas; tinieblas como reflejadas y multiplicadas por los paños negros que cubrían altares, columnas y paredes; sólo allá, en el tabernáculo, brillaban pálidos algunos cirios largos y estrechos, lamiendo casi con la llama los piés del Cristo, que goteaban sangre; el sudor pintado reflejaba la luz con tonos de tristeza. El Obispo hablaba, con una voz de trueno lejano, sumido en la sombra del púlpito; sólo se veía de él, de vez en cuando, un reflejo morado y una mano que se extendía sobre el auditorio. Describía el crujir de los huesos del pecho del Señor al relajar los verdugos las piernas del mártir, para que llegaran los piés al madero en que iban á clavarlos. Jesús se encogía, todo el cuerpo tendía á encaramarse, pero los verdugos forcejeaban; ellos ven-



cerían. «¡Dios mío! ¡Dios mío!» exclamaba el Justo, mientras su cuerpo dislocado se rompía por dentro con chasquidos sordos. Los verdugos se irritaban contra la propia torpeza; no acababan de clavar los piés... Sudaban jadeantes y maldicientes; su aliento manchaba el rostro de Jesús... «¡Y era un Dios! el Dios único, el Dios de ellos, el nuestro, el de todos! ¡Era Dios!...» gritaba Fortunato horrorizado, con las manos crispadas, retrocediendo hasta tropezar con la piedra fría del pilar; temblando ante una visión, como si aquel aliento de los sayones hubiese tocado su frente y la cruz y Cristo estuvieran allí, suspendidos en la sombra sobre el auditorio, en medio de la nave. La inmensa tristeza, el horror infinito de la ingratitud del hombre matando á Dios, absurdo de maldad, los sintió Fortunato en aquel momento con desconsuelo inefable, como si un universo de dolor pesara sobre su corazón. Y su ademán, su voz, su palabra supieron decir lo indecible, aquella pena. Él mismo, aunque de lejos, y como si se tratara de otro, comprendió que estaba siendo sublime; pero esta idea pasó como un relámpago, se olvidó de sí, y no quedó en la iglesia nadie que comprendiera y sintiera la elocuencia del apóstol, á no ser algún niño de imaginación fuerte y fresca que por vez primera oía la descripción de la escena del Calvario.

Á las pausas elocuentes, cargadas de efectos patéticos, á que obligaba al Obispo la fuerza de la emoción, contestaban abajo los suspiros de ordenanza de las beatas, plebeyas y aldeanas, que eran la mayoría del auditorio. Eran los sollozos indispensables de los días de Pasión, los mismos que se exhalaban ante un sermón de cura de aldea, mitad suspiros, mitad eruptos de la vigilia.

Las señoras no suspiraban; miraban los devocionarios abiertos y hasta pasaban hojas. Los inteligentes

opinaban que el prelado «se había descompuesto», tal vez se había perdido. «Aquello era sacar el Cristo.» El púlpito no era aquello. Gloucester, desde un rincón, se escandalizaba para sus adentros. «¡Pero eso es un cómico!» pensaba; y pensaba repetirlo en saliendo. Creía haber encontrado una frase: «¡Pero eso es un cómico!»

El Magistral no era cómico, ni trágico, ni épico. «No le gustaba sacar el Cristo». En general prescindía en sus sermones de la epopeya cristiana y pocas veces predicó en la Semana de Pasión. «Rehuía los lugares comunes», según don Saturnino Bermúdez. La verdad era que De Pas no tenía en su imaginación la fuerza plástica necesaria para pintar las escenas del Nuevo Testamento con alguna originalidad y con vigor. Cada vez que necesitaba repetir lo de: «*Y el Verbo se hizo carne*» en lugar del pesebre y el Niño Dios veía, dentro del cerebro, las letras encarnadas del Evangelio de san Juan, en un cuadro de madera en medio de un altar: *Et Verbum caro factum est*.

En cierta época, cuando era joven, al pensar en estas cosas la duda le había atormentado tantas veces con punzadas de remordimiento, si quería figurarse la vida de Jesús, que ya tenía miedo de tales imágenes; huía de ellas, no quería quebraderos de cabeza. «Bastante tenía él en que pensar.» Era un iconoclasta para sus adentros. Le faltaba el gusto de las artes plásticas; y, sin atreverse á decirlo, opinaba que los cuadros, aunque fuesen de grandes pintores, profanaban las iglesias. Del dogma le gustaba la teología pura, la abstracción, y al dogma prefería la moral. La vocación de la filosofía teológica y el prurito de la controversia habían nacido ya en el seminario; su espíritu se había empapado allí de la pasión de escuela, que suple muchas veces al entusiasmo de la verdadera fe. La experiencia de la vida había despertado su afición á los estudios morales. Leía con deleite los *Caracteres de La Bruyère*;